

Diario de un enamoramiento

Día 1

Hoy conocí a mi futuro marido. Estaba en el metro camino del trabajo un lunes más, rodeado de marionetas dormidas en el escenario de la rutina laboral, cuando entró él: cabello oscuro, piel blanca casi vampírica, barba de tres días, sólo un poco más bajito que yo, bien proporcionado bajo esa sudadera de marca de color rojo que llevaba con atemporal elegancia y unos vaqueros a la moda que resaltaban las zonas adecuadas. Y qué ojazos. Unos ojos azules en los que no me cansaría de nadar, unos ojos en los que ahogarse con una sonrisa en la boca. Y qué boca, el labio superior ligeramente más grande, una boca para morder, una boca para besar, una boca para lamer y chupar, una boca a la que entregarse en sacrificio hasta ser devorado.

Día 4

Que canten y dancen las ninfas del bosque una melodía de amor en honor a todos los enamorados, pues volvimos a encontrarnos. Sentí su presencia antes de verle, levanté la mirada de mi libro y ahí estaba él, subiendo en la misma parada que el otro día. No pude apartar la mirada ni un segundo, destacaba hipnótico absorbiendo todo el color a su alrededor con el baile de su cuerpo, haciéndose un hueco entre maniquíes sin voluntad que se apartaban para dejarme observar con detenimiento al dios al que rezo desde que las hermanas del destino decidieron juntarnos. Nuestras miradas se cruzaron un par de veces y una sonrisa cegadora, radioactiva, letal, asomaba a su cara al comprobar que seguía cada uno de sus movimientos. Aquí y ahora lo digo, me caso ya.

Día 10

Campanas de duelo. No aguento más. La vida ya no tiene sentido para mí. Llevo casi una semana sin verle. Y eso que empecé a salir de casa mucho más temprano para bajarme en su parada y esperar a que llegara. ¿Cambió de turno en el trabajo? ¿Estará de vacaciones? ¿O es que le han echado y no vamos a vernos nunca más? Estoy que no duermo, no como, no puedo leer ni pensar en nada más, en la oficina no doy una, me paso el día escondido en el baño lamentándome, soy la Llorona, Bernarda Alba, la Pantoja, la viuda de España.

Día 24

Hoy es el día más feliz de mi vida. Tanto rogué a los dioses más oscuros que, cansados de oírme gritarles los peores insultos, hicieron de mi plegaria realidad y me trajeron de vuelta a mi amado. Estaba yo sentado en el vagón de siempre, con la mirada perdida

pensando en él, cuando me di cuenta de que alguien se colocaba delante, manteniendo apenas la distancia social. Era él. Miraba al frente, pero estaba muy pegado a mí, delante de mi cara notaba algo que crecía poco a poco en su pantalón cuanto más me concentraba en mirarlo. No sé si llevaba ropa interior, se notaba cierta libertad impropia de un slip, quizá use bóxer, ojalá que de esos medio holgados y más cortos. Estuve a punto de perder el oremus y alargar la mano hasta alcanzar la ofrenda con la que mi futuro esposo tentaba mi cordura. En éas estaba cuando me di cuenta de que había llegado a mi parada. Me levanté de golpe, nuestros cuerpos chocaron como asteroides formando un nuevo planeta en el que disfrutar juntos del edén, nuestras manos se rozaron y una corriente de energía devastadora recorrió todo mi cuerpo como al inocente que muere en la silla eléctrica para salvar al auténtico culpable al que ama en secreto, dejándome al borde del desvanecimiento más delicioso que he conocido jamás. Ay, dioses del Olimpo, qué locura conocer el perfume de su olor, ese olor que se quedó impregnado en mi cerebro, tallado como una escultura griega en mi memoria olfativa. Su olor da hambre y alimenta, deja un hueco profundo en mi estómago y a la vez sacia mi apetito. Y es que huele a tostadas con mantequilla, a magdalenas mojadas en el café de la mañana, a chocolate con churros, a jamón de bellota, a vieiras, a pulpo a la gallega, pero al mismo tiempo huele a tierra mojada, a animal salvaje oculto en la espesura de la selva más remota, a cascada en la que bañarse desnudo, a la risa de un orgasmo compartido.

Día 28

Día funesto. Nubes negras en el cielo. Hoy tuvimos nuestra primera pelea. Después de un par de días de juegos de miradas en un laberinto de espejos en el que acariciamos el nirvana, roces apenas velados que me llevaban sin paracaídas al abismo del clímax si mantenía un par de segundos más de lo debido su cuerpo apretado contra el mío y su aliento que me envolvía como una segunda piel, me abrazaba con fuerza sobrehumana, me asfixiaba hasta dejarme sin oxígeno y me abrigaba hasta que el calor me hacía sudar, la repentina distancia entre nuestros cuerpos me llevó a la hipotermia cuando se apartó sin previo aviso. Sus ojos se excusaron al saludar efusivo a un conocido que acababa de entrar en el metro. No pude permanecer indiferente mientras era traicionado tan gratuitamente y salí corriendo sin mirar atrás. Una rabia asesina anida en mi interior desde entonces, no sé si podré perdonarle. Lo confieso, deseo matarle con mis propias manos, si no me ama como yo le amo a él, prefiero que esté muerto. Podría vivir del recuerdo de este amor que da sentido a mi vida, pero no sabiendo que otro ocupa el lugar que solo yo merezco en la suya.

Día 32

Suenan campanas (¿de boda?) en el paraíso. No pude aguantar más de tres días después de cambiar mi ruta al trabajo para no encontrarme más a ese ingrato que tanto daño me hizo con su traición. Su sonrisa al verme de nuevo iluminó todo mi ser como el

faro de Alejandría iluminó a los más sabios del mundo antiguo. Los hados jugaron a nuestro favor, un sitio se desocupó a mi lado y mi casi esposo corrió, saltó, brincó como un fauno del bosque hasta sentarse junto a mí. Es el dios Pan al que me entrego en sacrificio para que haga conmigo lo que quiera. Apoyé mi brazo contra el suyo, nuestras piernas se rozaban y se apretaban una contra la otra, con cada zarandeo del metro nuestros cuerpos se sacudían en espasmos de felicidad simultánea. El mejor polvo de mi vida. Espero que el suyo también.

Día 35

No sé si tirarme a la vía o mejor cortarme las venas en la intimidad de mi baño. En realidad, sería mucho más satisfactorio seguir a mi jefa al salir del trabajo y empujarla cuando pase el metro, que muera desmembrada por ser tan hija de puta. Ahora que la relación con mi amante sin nombre comenzaba a afianzarse, va la muy zorra y me cambia de oficina a la otra punta de la ciudad sin motivo aparente. Ni siquiera tuvimos la oportunidad de despedirnos, de contarle en silencio que lo nuestro no acaba aquí, que pase lo que pase le amaré para siempre. Hoy el trayecto a la nueva oficina fue el de un alma en pena que navega por el río Estigia, la entrada al inframundo en el que vagaré eternamente por un amor frustrado por los seres del averno que controlan a la humanidad.

Día 1

Me he vuelto a enamorar. Conocí al hombre de mi vida. Nunca he estado más seguro de nada, esta vez es el definitivo. Rubio, alto, fornido, de piel tostada y ojos color verde oliva que radiaban el calor del campo andaluz en verano, de las siestas envueltas en sudores compartidos. Alcancé a escuchar en el metro a las cigarras cantando nuestro amor al mundo entero como un coro terrenal que intenta llegar hasta el mismísimo cielo. Ahora sí que me caso.

nivola